

Progresos en Alemania

La misteriosa desaparición de Lutero produjo preocupación en toda Alemania. Circulaban extraños rumores y muchos creían que había sido asesinado. Se escuchaban grandes lamentos y varios se comprometían con solemnes juramentos a vengar su muerte.

Por eso, los enemigos de Lutero, aunque al principio se habían alegrado por su supuesta muerte, se llenaron de temor ahora que estaba cautivo. “La única manera que queda para salvarnos a nosotros mismos –dijo uno– es encender antorchas y buscar a Lutero por todo el mundo, para devolverlo a la nación que lo está reclamando”.¹ La noticia de que estaba a salvo, aunque prisionero, calmó a la gente, en tanto que sus escritos eran leídos con una avidez mayor que nunca. Un número creciente de personas se unía a la causa del hombre heroico que había defendido la Palabra de Dios.

La simiente que Lutero había sembrado estaba brotando por doquier. Su ausencia realizó una tarea que su presencia habría dejado de obtener. Siendo que el gran dirigente del pueblo había sido retirado, otros obreros avanzaron, de manera que la obra comenzada tan noblemente no pudiera ser estorbada.

Ahora Satanás intentó engañar y destruir al pueblo dándole una falsificación en lugar de la obra verdadera. Así como hubo falsos cristos en el primer siglo, así también se levantaron falsos profetas en el siglo XVI.

Unos cuantos hombres se imaginaron recibir revelaciones especiales del Cielo y creyeron haber sido divinamente comisionados para hacer avanzar la Reforma que, según afirmaban ellos, había sido iniciada por Lutero en forma débil. En verdad, estaban deshaciendo la obra que él había realizado. Rechazaron el principio de la Reforma, es decir, que la Palabra de Dios es la regla suprema y suficiente de fe y práctica. En lugar de esa guía infalible, colocaron las normas inciertas de sus propios sentimientos e impresiones.

Otros, naturalmente inclinados al fanatismo, se unieron con ellos. Los procedimientos de estos entusiastas crearon un gran alboroto. Lutero había despertado al pueblo para que sintiera la necesidad de una reforma, y ahora algunas personas verdaderamente honradas estaban siendo desviadas por las pretensiones de los nuevos “profetas”.

Los dirigentes del movimiento instaron a Melancthon a aceptar sus pretensiones: “Somos enviados por Dios para instruir al pueblo. Hemos tenido conversaciones

¹ D'Aubigné, lib., 9, cap. 1.

íntimas con el Señor; sabemos qué pasará; en una palabra, somos apóstoles y profetas, y apelamos al Dr. Lutero”.

Los reformadores estaban perplejos. Melancthon dijo: “Existen por cierto espíritus extraordinarios en estos hombres; pero ¿qué espíritus? [...] Por una parte, cuidémonos de no apagar al Espíritu de Dios, y por la otra, de ser desviados por el espíritu de Satanás”.²

El fruto de la nueva enseñanza se hace evidente

La gente fue inducida a descuidar la Biblia o a ponerla completamente a un lado. Los estudiantes, despreciando todos los límites, abandonaban sus estudios y se retiraban de la universidad. Estos hombres que se creían capaces de dar nueva vida y dirigir la obra de la Reforma solo tuvieron éxito en conducirla hasta el borde de la ruina. Los romanistas recobraron su confianza y exclamaron con gozo: “Un esfuerzo más, y todo será nuestro”.

Lutero, en Wartburgo, al oír lo que había ocurrido, dijo con gran preocupación: “Siempre preví que Satanás nos enviaría esta plaga”.³ Él se dio cuenta del verdadero carácter de estos supuestos “profetas”. La oposición del Papa y del emperador no le había causado perplejidad y angustia tan grandes como las que ahora sentía. De entre los profesos “amigos” de la Reforma se habían levantado los peores enemigos para provocar luchas y causar confusión.

Lutero había sido impulsado y conducido por el Espíritu de Dios más allá de sí mismo. Sin embargo, a menudo temblaba por el resultado de su obra: “Si yo supiera que mi doctrina perjudicaría a un ser humano, a uno solo, por humilde y desconocido que fuera –lo cual no puede ocurrir, porque es el evangelio mismo–, moriría diez veces antes que no retractarme”.⁴

Wittenberg mismo estaba cayendo bajo el poder del fanatismo y el desorden. Por toda Alemania los enemigos de Lutero estaban echándole la culpa al reformador. Con amargura de alma, se preguntó: “¿Será posible que este sea el fin de la gran obra de la Reforma?” Nuevamente, al luchar con Dios en oración, la paz inundó su corazón. “La obra no es mía, sino tuya”, dijo Lutero. Entonces, decidió regresar a Wittenberg.

Lutero estaba proscrito en todo el imperio. Los enemigos tenían libertad para quitarle la vida, y a los amigos se les había prohibido darle albergue. Pero él vio que la obra del evangelio estaba en peligro, y en el nombre del Señor salió con todo valor a batallar por la verdad. En una carta al elector, Lutero dijo: “Voy a Wittenberg bajo una protección muy superior a la de los príncipes y electores. No pienso solicitar el sostén de Su Alteza, y lejos de desear su protección, quisiera más bien yo mismo protegerlos a ustedes. [...] No hay espada que pueda promover esta causa. Dios solo debe hacerlo todo”. En una segunda carta, Lutero añadió: “Estoy listo para incurrir

² *Ibid.*, lib. 9, cap. 7

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

en el desagrado de Su Alteza y en el enojo de todo el mundo. ¿No son los habitantes de Wittenberg mis ovejas? ¿Y no debiera yo, si fuera necesario, exponerme a la muerte por causa de ellos?”⁵

El poder de la Palabra

Pronto se supo por todo Wittenberg que Lutero había regresado y que iba a predicar. La iglesia estaba llena, y el reformador, con gran sabiduría y bondad, instruyó, exhortó y reprendió:

“La misa es algo malo; Dios se opone a ella; debe ser abolida. [...] Pero no aparten de ella a nadie por la fuerza. [...] La Palabra [...] de Dios debe actuar, y no nosotros. [...] Nosotros tenemos el derecho de hablar; pero no tenemos el derecho de actuar. Prediquemos; el resto le corresponde a Dios. Si yo empleara la fuerza, ¿qué ganaría? Dios conquista el corazón; y cuando el corazón es tomado, todo está ganado [...]”.

“Predicaré, estudiaré y escribiré; pero no obligaré a nadie, porque la fe es un acto voluntario. [...] Me opuse al Papa, a las indulgencias y a los partidarios del Papa, pero sin violencia ni disturbios. Expuse la Palabra de Dios; prediqué y escribí: eso es todo lo que hice. No obstante, mientras dormía [...] la Palabra que había predicado afectó al papado como nunca lo ha perjudicado príncipe o emperador alguno. Sin embargo, yo no hice nada; la Palabra sola lo hizo todo”.⁶ La Palabra de Dios quebrantó el hechizo de la agitación fanática. El evangelio trajo al pueblo de vuelta al camino de la verdad.

Varios años más tarde se suscitó de nuevo el fanatismo, y ahora con resultados aún más terribles. Dijo Lutero: “Para ellos, las Sagradas Escrituras eran solamente letra muerta, y todos empezaron a clamar: ‘¡El Espíritu! ¡El Espíritu!’ Pero, muy decididamente, no seguiré a donde el espíritu de ellos los conduzca”.⁷

Tomás Münzer, el más activo de los fanáticos, era un hombre de considerable habilidad, pero no había aprendido la verdadera religión. “Estaba poseído de un deseo de reformar al mundo, y olvidaba, como hacen todos los fanáticos, que la reforma debía comenzar con él mismo”.⁸ No estaba dispuesto a ser el segundo de nadie, ni siquiera de Lutero. Él mismo aseveraba haber sido comisionado por Dios para introducir la verdadera reforma, y decía: “El que tiene este Espíritu posee la verdadera fe, aunque nunca vea las Escrituras en toda su vida”.⁹

Los maestros fanáticos se dejaron gobernar por impresiones, y consideraban todo pensamiento e impulso como la voz de Dios. Algunos incluso quemaron sus Biblias. Millares recibieron las doctrinas de Münzer. Pronto él declaró que obedecer a los príncipes era intentar servir a Dios y a Belial al mismo tiempo.

⁵ *Ibid.*, lib. 9, cap. 8.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*, lib. 10, cap. 10.

⁸ *Ibid.*, lib. 9, cap. 8.

⁹ *Ibid.*, lib. 10, cap. 10.

Las enseñanzas revolucionarias de Münzer indujeron al pueblo a rechazar todo control. A esto le siguieron terribles escenas de lucha, y los campos de Alemania se tiñeron de sangre.

La agonía llena el alma de Lutero

Los príncipes partidarios del Papa declararon que la rebelión era el fruto de las doctrinas de Lutero. Esta acusación no podía dejar de causar gran angustia al reformador, siendo que la causa de la verdad caía en desgracia al ser clasificada con el más bajo fanatismo. Por otra parte, los dirigentes de los levantamientos odiaban a Lutero. Él no solamente había rechazado las pretensiones de ellos de poseer inspiración divina, sino también los había declarado rebeldes contra las autoridades civiles. Para desquitarse, lo acusaron de ser un vil farsante.

Los romanistas esperaban ver la ruina de la Reforma; y hasta acusaban a Lutero de los errores que él había tratado de corregir con el mayor fervor. El grupo fanático, reclamando falsamente que había sido tratado con injusticia, obtuvo simpatía y llegaron a ser considerados como mártires. Así, la gente se compadeció de los que se oponían a la Reforma y los elogiaba. Esta era la obra del mismo espíritu de rebelión que se manifestó por primera vez en el Cielo.

Satanás está constantemente tratando de engañar a los seres humanos e inducirlos a llamar al pecado justicia; y a la justicia, pecado. La falsa piedad, la santificación espuria, sigue exhibiendo el mismo espíritu que en los días de Lutero, pues distrae la mente de las Escrituras e induce a las personas a seguir más bien sentimientos e impresiones que a la Ley de Dios.

Con todo valor, Lutero defendió el evangelio, que estaba siendo atacado. Con la Palabra de Dios combatió la autoridad usurpada por el Papa, mientras que se mantenía firme como una roca contra el fanatismo que intentaba aliarse con la Reforma.

Cada una de estas partes opositoras rechazaba las Sagradas Escrituras, exaltando la sabiduría humana como la fuente de verdad. El racionalismo idolatra la razón y hace de esta el criterio de la religión. El romanismo, atribuyéndose una inspiración recibida de los apóstoles en línea ininterrumpida, abre la puerta a que la extravagancia y la corrupción se escondan bajo la comisión "apostólica". La pretendida inspiración de Münzer procedía de la fantasía de su imaginación. El verdadero cristianismo recibe la Palabra de Dios como la prueba de toda inspiración.

A su regreso de Wartburgo, Lutero completó su traducción del Nuevo Testamento, y pronto el pueblo alemán recibió el evangelio en su propio idioma. Esta traducción fue recibida con gran gozo por todos los que amaban la verdad.

Los sacerdotes estaban alarmados ante el pensamiento de que la gente común ahora era capaz de discutir con ellos la Palabra de Dios, y de que así quedaría expuesta su propia ignorancia. Roma utilizó toda su autoridad para impedir la circulación de las Escrituras; pero cuanto más prohibía la Biblia, tanto mayor era la ansiedad del pueblo por conocer lo que esta realmente enseñaba. Todos los que podían leer la llevaban consigo, y no quedaban satisfechos sino después de aprender

grandes porciones de memoria. Lutero inmediatamente comenzó la traducción del Antiguo Testamento.

Los escritos de Lutero fueron bien recibidos tanto en las ciudades como en las aldeas. “Lo que Lutero y sus amigos escribían, otros lo distribuían. Monjes, convencidos del carácter legítimo de las obligaciones monásticas, pero demasiado ignorantes para proclamar la Palabra de Dios, [...] vendían los libros de Lutero y de sus amigos. Alemania pronto se llenó de estos valientes colportores”.¹⁰

La Biblia es estudiada por doquiera

De noche, en las escuelas de las aldeas, los maestros leían en voz alta a pequeños grupos reunidos al calor del fuego. Con cada esfuerzo, algunas almas se convencían de la verdad. “La exposición de tus palabras nos da luz, y da entendimiento al sencillo” (Salmo 119:130, RVC).

Los partidarios del Papa, que habían dejado el estudio de la Biblia encomendado a los sacerdotes y los monjes, ahora pedían que estos refutaran las nuevas enseñanzas. Pero, ignorantes de las Escrituras, los sacerdotes y los frailes eran totalmente derrotados. “Desgraciadamente –dijo un escritor católico–, Lutero había persuadido a sus seguidores a depositar su fe únicamente en las Santas Escrituras”.¹¹ Multitudes se reunían para escuchar la defensa de la verdad hecha por hombres de poca educación. La ignorancia vergonzosa de los grandes hombres quedó en evidencia cuando sus argumentos fueron refutados por las sencillas enseñanzas de la Palabra de Dios. Trabajadores, soldados, mujeres y aun niños estaban más familiarizados con la Biblia que los sacerdotes y los sabios doctores.

Jóvenes de mente noble se dedicaban al estudio, investigando las Escrituras y familiarizándose con las obras maestras de la antigüedad. Con mente activa y corazón valiente, estos jóvenes pronto adquirieron tal conocimiento que por largo tiempo nadie pudo competir con ellos. El pueblo había hallado en las nuevas enseñanzas lo que suplía la necesidad de su alma, y se separaron de aquellos que por tanto tiempo los habían alimentado con las cáscaras inútiles de ritos supersticiosos y tradiciones humanas.

Cuando se encendió la persecución contra los maestros de la verdad, ellos pusieron en práctica las palabras de Cristo: “Cuando los persigan en una ciudad, huyan a otra” (S. Mateo 10:23). Personas hospitalarias les abrían sus puertas a los fugitivos, y predicaban a Cristo, a veces en la iglesia o en casas privadas o al aire libre. La verdad se esparcía con irresistible poder.

En vano las autoridades eclesiásticas y civiles recurrían a la prisión, la tortura, el fuego y la espada. Miles de creyentes sellaron su fe con su sangre; sin embargo, la persecución solo sirvió para extender la verdad. El fanatismo con el que Satanás trató de mancharla trajo como resultado un mayor contraste entre la obra de Satanás y la obra de Dios.

¹⁰ *Ibid.*, lib. 9, cap. 11.

¹¹ D'Aubigné, lib., 9, cap. 11.